**EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA**

Seminario San Luis Gonzaga, Retiro del 26/08/2012

Según Simone Weil, tenemos necesidad de pan. Somos seres que tomamos continuamente nuestra energía del exterior, pues a medida que la recibimos la agotamos con nuestros esfuerzos. Si nuestra energía no es renovada continuamente, nos quedamos sin fuerza y somos incapaces de cualquier movimiento.

Aparte de la comida, propiamente dicha, en el sentido general del término, todo lo que genera un estímulo es para nosotros fuente de energía.

Hay un pan de este mundo: dinero, progreso, consideración, recompensas, celebridad, poder, seres queridos, todo lo que estimula nuestra capacidad de actuar es como el pan.

Pero hay una energía trascendente cuya fuente está en el cielo y se derrama sobre nosotros en el momento en que lo deseamos. Es realmente una energía y actúa por mediación del alma y el cuerpo.

Debemos pedir ese alimento. En el momento mismo en que lo pedimos, y por el hecho mismo de pedirlo sabemos que Dios nos lo quiere dar.

Reconocer nuestra indigencia. No somos autosuficientes. Este tema lo desarrolla muy bien Picaza. No nos podemos abastecer a nosotros mismos. La fuente de energía nos viene de fuera y tenemos que pedir. Un pedir que es humillante para el hombre soberbio.

Pedir no sólo energía espiritual, sino también la energía material, proteínas, vitaminas, minerales, hidratos de carbono, energía para nuestro sistema nervioso, fósforo para el cerebro, calcio para los huesos, hierro para la sangre.

Pero pedir muy modestamente. Pedimos pan, no caviar, ni solomillo, ni lubina... Y pedimos no para nosotros solos, sino para el hambre de todo el mundo. Y pedimos sólo el pan de hoy, no el de mañana. Sin graneros, como los cuervos del cielo a quienes el Padre alimenta cada día (Lc 12,24).

Y esta petición está enterrada dentro de otras mucho más trascendentales. No es la más importante, pero también es necesaria cuando ocupa su verdadero lugar en la dinámica de nuestro deseo.

Desgraciadamente para muchos hombres se ha convertido en la única petición. Sólo piden cosas materiales, y ya no pan sino comodidades, lujos, viajes, chalets, quinielas.

No piden el pan nuestro, porque piden egoístamente sólo para ellos. Y todo lo más para sus hijos y familiares más íntimos.

No piden el pan de hoy, sino el de toda la vida. Ahorros, acciones en el banco, seguros sociales, capitales. Por eso hay que convertir nuestra oración y volver una y otra vez a la plegaria cristiana del pan de cada día (Mt 6,11).

“El alma solo sabe con certeza que tiene hambre (de Dios) y lo importante es que grite su hambre. Un niño no deja de gritar porque se le sugiera que quizás no haya pan. Gritará de todas formas.

El peligro no es que el alma dude de si hay pan o no hay pan, sino que se deje persuadir por la mentira de que no tiene hambre (S. Weil, pp. 127-128).

“Todos sabemos que no hay bien en este mundo, que todo lo que aquí aparece como bien es finito, limitado, se agota y, una vez agotado, la necesidad se muestra al desnudo. Probablemente en la vida de todo ser humano ha habido un momento en que se ha confesado a sí mismo con claridad que no hay bien en este mundo.

Pero en cuanto se percibe esta verdad, se la recubre de mentira. Ese conocimiento es más mortífero que una espada. La muerte que inflige produce más miedo que la muerte carnal. Con el tiempo mata en nosotros todo lo que llamamos ‘yo’. Para sostener esta mirada hay que amar la verdad más que la vida”.

Estamos leyendo en estos días de Pascua el discurso del pan de vida. Quizás la imagen de alimento, con ser tan substancial, habla poco al hombre de Occidente de hoy.

El alimento no es una de nuestras preocupaciones. Existe en tanta abundancia que lo damos por supuesto. Ha llegado a ser como el aire o el agua. Nos rodea en grandes cantidades, y, aunque es imprescindible, no le damos valor. Solo valoramos lo que escasea y hoy en el mundo occidental nadie vive preocupado de si va a tener comida al día siguiente.

El problema del hombre occidental es el de la estimulación psíquica. La amenaza no es el hambre, sino la depresión. Levantarse por la mañana y no tener estimulación ni fuerzas para enfrentarse con las actividades del día. Más importante que el alimento son las pastillas, estimulantes, drogas, yerbas. Este es el alimento que nuestra cultura valora y el que teme que le llegue a faltar.

Habría que retraducir las palabras de Jesús: “Yo soy el pan de vida” (Jn 6,35). La motivación que él me da para vivir es el pan de cada día que debo pedir diariamente y agradecer diariamente. Cuando me pongo a orar por la mañana y no hay gracias especiales, ni luces, ni afectos, debo agradecer esa motivación que se renueva cada mañana, esos objetivos que me hacen vivir cada día, esa energía que se me renueva cada mañana para trabajar. Es don, es regalo que solo se puede apreciar del todo cuando falta. Hasta ahora no me ha faltado nunca y ojalá que nunca llegue a faltarme. “El amor del Señor no se acabado ni se ha agotado su ternura. Cada mañana se renuevan. ¡Grande es tu fidelidad! Mi porción es el Señor, dice mi alma, por eso en él espero” (Lm 4,22-24).

El pan es “comida que se acaba”; cuantos más comen, les toca a menos, y una vez comido, se consume y desaparece, porque el mismo pan no se puede comer dos veces.

En cambio hay una comida que no perece y que no se divide en pedazos cada vez más pequeños, sino que se multiplica.

Pongamos el ejemplo de una palabra de vida, un pensamiento profundo; cuando lo comparto con otros, no disminuye, sino que se multiplica, no en una sola mente, sino en muchas mentes. Otras personas pueden alimentarse de esa misma palabra, saborearla, nutrirse de ella, sacar de ella fuerza e inspiración; y la palabra no se gasta, sino que sigue tan entera para que ellos la puedan seguir compartiendo con otros.

Muchas veces me preguntan si les doy permiso para grabar mis charlas, o fotocopiar mis papeles. Siempre repito que mi gozo es que esas palabras lleguen al mayor número posible de gente, sin derechos de autor, sin necesidad siquiera de que citen mi nombre, como sucedió con mi libro “Ministros de la Palabra”, que lo publicaron en el Perú sin siquiera citarme como autor.

Estoy en San Sebastián predicando la novena de San Ignacio. Ayer había una cola muy larga para la comunión. En el telediario del mediodía había visto fotos terribles de niños hambrientos en Etiopía.

¿Qué sentirán los que reparten [alimentos](#hambre) allí a esos niños? Es una vocación preciosa. Pero para el reparto de alimentos en Etiopía hace falta personal administrativo, agencias de transporte, servicios financieros. Toda esa gente contribuye al reparto de alimentos no menos que los que están allí en Etiopía al final de la cadena, con las hogazas de pan.

¿Soy consciente de que al repartir el pan de la eucaristía realizo una tarea que últimamente contribuye a que llegue el pan a esos niños hambrientos de Etiopía?

¿Comunico la vida de Jesús para que esta vida se multiplique a los demás? Mi dar la comunión a los demás es parte de un ministerio que responde a la frase de Jesús: “Tuve hambre y me disteis de comer” (Mt 25,35). Los asistentes a esta Novena son personas en general de la burguesía donostiarra, pero tal vez mi predicación les mueva a colaborar con los hambrientos.

Al dar la comunión, al comunicar la vida entregada de Jesús, siento que estoy al principio de esta cadena de distribución. Ese pan va a terminar llegando a muchos hogares, porque es “verdadera comida” (Jn 6,55).

La petición central del Padre nuestro es “venga a nosotros tu Reino”, Todas las demás están en función de esa. Pedimos el pan de cada día (Lc 11,4), que es algo más que una ración de alimento. Más allá del alimento ordinario, pedimos algo más sustancial: la energía para trabajar al servicio del Reino que llega. “Danos lo que necesitamos hoy y cada día para hacer que llegue tu Reino, para ser sus verdaderos servidores. Pedimos el pan divino de la eucaristía que nos sustenta.

Me encuentro en Fátima para hacerme un chequeo médico. Voy a dedicar estos días a preparar mejor los ejercicios que voy a dar a los jesuitas. Me encuentro a gusto en esta comunidad. Hay afecto y buen humor. Me impresiona la Misa en la enfermería con los jesuitas ancianos. Todos muestran gran respeto y cariño hacia ellos y eso es algo bien evangélico.

He empezado a leer el libro del Papa sobre Jesús. En el capítulo de las tentaciones hace una clara alusión a las teologías que hacen consistir el Reino en un proyecto de solución de conflictos sociales.

La tentación del pan es dedicarse a resolver el problema del hambre en el mundial margen de Dios (Mt 4,3). Es tentación que nos dice: “Preocúpate ante todo por el pan en el mundo, lo demás puede esperar”.

Jesús da importancia al pan en la escena de la multiplicación, pero lo encuadra en un contexto religioso de personas que buscan ante todo a Dios. Además el pan se le pide a Dios y hay una mutua disponibilidad para compartir. Pero hay que respetar la jerarquía de bienes.

Cuando a Dios se le da una importancia secundaria en nombre de asuntos más importantes, entonces fracasarán también esas cosas importantes. Los que intentan transformar las piedras en pan acaban dando piedras en vez de pan. Lo hemos visto en Camboya y en otras utopías ateas. Recuerdo la mala impresión que me hizo D., un jesuita que decía que él solo creía en dar a los inmigrantes pan y papeles y no tenía interés en darles religión o catecismo. Para la Compañía de Jesús, pasarse con armas y bagajes al servicio del desarrollo sostenible puede ser una traición al servicio que Dios le pide para su Reino.

El evangelio de hoy nos cuenta como Jesús nos enseñó a rezar el Padrenuestro. Me llama la atención lo de pedir cada día solo el pan de hoy (Lc 11,3). También en el desierto caía solo una ración diaria de maná, y todos los días debían recogerla (Ex 16,25).

Se cuenta en una vieja leyenda oriental que cierto rey entregaba a su hijo los víveres necesarios para vivir holgadamente los doce meses del año. En esta ocasión, que coincidía con la primera luna del año, el hijo veía el rostro de su padre, el monarca. Pero el rey cambió de parecer y decidió poner en manos del príncipe, cada día, las provisiones que había de consumir en esa jornada. De esta forma podía saludar diariamente a su hijo, y el príncipe podía ver a diario el rostro del rey.

Algo parecido ha querido hacer nuestro Padre Dios con nosotros. El pan de cada día supone la oración diaria al principio de la jornada que comienza. Pedir solamente para hoy significa reconocer que tendremos un nuevo encuentro con nuestro Padre del Cielo mañana. Recibir solo el pan de hoy, nos da un magnífico motivo para volver a comparecer delante de Dios también mañana para pedirle el de mañana.

De la exposición de Florentino Muñoz

**2.1.- “Danos cada día nuestro pan cotidiano” (Mt.6,11; Lc.11,3).**

**2.1.1**.- **Significado de las palabras de esta petición**

**A) “El pan”.** a) En la Biblia, la palabra “pan” significa varias cosas: - El pan material, es decir, el pan terrenal necesario para la subsistencia de todos que abarca: la comida, la salud, la casa, el trabajo, la dignidad. Es verdad que “no sólo de pan vive el hombre” (Dt.8,3; Mt.4,4), pero es verdad también que sin este pan no se vive. No tener pan es carecer de todo (cf. Am.4,6; Gn.28,20). Es cierto que Jesús nos ha dicho: “no estéis agobiados por la vida pensando qué vais a comer” (Mt.6,25), pero es verdad también que el mismo Jesús nos invita a pedir nuestra comida y a mostrar a Dios esta preocupación nuestra”.

- El pan de vida. Este pan baja del cielo y nos da la vida verdadera (cf. Jn.6, 34-35). Es el pan de la fe y de la esperanza. “Comer este pan” es acoger espiritualmente a Cristo con fe y amor ya que Él es el “alimento espiritual del hombre”.

- El pan eucarístico: el Cuerpo y la Sangre de Cristo real, verdadera y sustancialmente presentes bajo los signos del pan y del vino. Es el alimento que no perece y por el que debemos trabajar y esforzarnos siempre (cf. Jn.6,51b).

- El pan escatológico. Es el banquete del reino de los cielos. El pan eucarístico anticipa el festín del Reino de los cielos, que Dios tiene preparado para los que lo aman (cf. Lc.22,18).

b) Los Santos Padres que explicaron el Padrenuestro muestran también diferentes interpretaciones del “pan”.

- San Jerónimo, en Lc.11,3 mantiene el “cotidiano”, mientras que en Mateo 6,11 traduce por “sobresustancial” que es un calco etimológico de “epiousios”. Además nos ofrece una preciosa información: indica que el “Evangelio de los Hebreos” conocía una forma aramea de la petición que pedía el pan “del mañana”, literalmente “para mañana”.

San Juan Crisóstomo: “cada pedazo de pan es de algún modo un trozo del pan que es de todos, del pan del mundo”.San Justino manifiesta que se trata del pan eucarístico, no del pan ordinario. Clemente de Alejandría piensa que es el pan espiritual del Logos. San Agustín se debate en torno a tres sentidos posibles, conservando finalmente el sentido espiritual de la palabra de Dios. Si alguien quiere pensar también en el pan material y en el pan eucarístico, tiene que mantener imperativamente los tres sentidos bien agrupados en una sola petición.

**B) “Nuestro”**

Teniendo en cuenta que los discípulos son quienes oran al Padre, es comprensible que digan: “el pan nuestro”. También nosotros, cristianos del s. XXI, rezamos esta oración y pedimos el pan para nosotros y para todos. Somos miembros de la Iglesia, familia de hijos y de hermanos, y somos miembros de una humanidad de la que una parte muy numerosa carece de pan para vivir. Pedimos, pues, el pan no sólo para nosotros o para nuestras familias, sino para todos, especialmente para los que nada tienen y mueren de hambre. **J. Ratzinger** escribe: “Nosotros pedimos nuestro pan, es decir, también el pan de los demás. El que tiene pan abundante está llamado a compartir” (ib.187).

**C) “Epiousion”**

No es fácil interpretar la palabra “epiousion”, ya que sólo se encuentra en este texto**.** J. Ratzinger escribe: “la palabra griega “epiousios” que, según Orígenes (+c.254)-, no existía antes en el griego, sino que fue creada por los evangelistas. Es cierto que, entretanto, se ha encontrado un testimonio de esta palabra en un papiro del s. V d. Cristo. Pero por sí solo tampoco puede explicar con certeza el significado de esta palabra, en cualquier caso extraña y poco habitual. Por tanto hay que recurrir a las etimologías y al estudio del contexto” (p.189).Por nuestra parte, ofrecemos las siguientes traducciones y significados:

- “epiousios” se deriva de “epi+ousía”, y significa: el pan supersubstancial, dánoslo hoy. Se trataría de la “sustancia” nueva, superior, que el Señor nos da en el santísimo Sacramento como verdadero pan de nuestra vida.

- “epiousios” se deriva de “epi+einai, y significa el pan diario, el pan material que necesitamos, dánoslo hoy: “el pan necesario para la existencia”. Danos hoy el pan que necesitamos para poder vivir.

- “epiousios” se deriva de “epi+ienai”, y significa: el pan “del mañana”, dánoslo hoy. Pedimos al Padre que nos dé hoy el pan escatológico, el pan de la salvación (S. Jerónimo). Desde el punto de vista semántico, los tres sentidos son posibles.

J. Ratzinger manifiesta: “hoy existen dos interpretaciones principales. Una sostiene que la palabra significa “(el pan) necesario para la existencia”, con lo que la petición diría: Danos hoy el pan que necesitamos para poder vivir. La otra interpretación defiende que la traducción correcta sería “(el pan) futuro”, el del día siguiente. Pero la petición de recibir hoy el pan para mañana no parece tener mucho sentido, dado el modo de vivir de los discípulos. La referencia al futuro sería más comprensible si se pidiera el pan realmente futuro: el verdadero maná de Dios. Entonces seria una petición escatológica, la petición de una anticipación del mundo que va a venir, es decir, que el Señor nos dé “hoy” el pan futuro, el pan del mundo nuevo, Él mismo” (ib.189-190).

**D) “Danos”**

**C**on esta palabra expresamos, en comunión con nuestros hermanos, nuestra confianza filial en nuestro Padre del cielo que “hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (Mt.5,45) y da a todos los vivientes “a su tiempo su alimento” (Sal.104,7). Al orar así mostramos que vivimos confiando en la providencia del Padre que no nos dejará ni nos abandonará nunca en nuestra vida. Quienes conocen la bondad del Padre, no viven angustiados ni ante el hoy ni ante el mañana, ni se sienten preocupados por el futuro, pues saben que sus vidas están en las mejores manos: las manos del Padre que es “compasivo y misericordioso”. El orante vive en humildad en la presencia del Padre porque sabe que el Padre nunca lo dejará solo y abandonado, y en servicio fraterno ante los demás. Y lo más que pide es “un poco de pan” para el camino y para el servicio a los demás.

**2.1.2.- Significado de esta petición: ¿de qué pan se trata? A) Danos, Padre, el pan que necesitamos para vivir**

Los discípulos de Jesús han dejado todo -familia, casa, campo, oficio…- para seguir a Jesús y servir al Reino; por eso, viven de la providencia del Padre y le piden el pan para cada día. Se interpreta ordinariamente la petición relativa al pan en sentido material: que Dios nos dé el alimento del que tenemos necesidad. Los discípulos no piden al Padre que llene sus graneros, sino sólo le suplican el pan para cada día ya que viven de la providencia amorosa del Padre; viven pidiendo y recibiendo cada día el trozo de pan que el Padre les da.

A. Georges escribe: “Jesús nos invita a pedir, día a día, el alimento que necesitamos. Y esto con confianza, ya que Dios es más bondadoso que todos los padres de la tierra, y ninguno de estos “daría una piedra a su hijo si éste le pide pan” (Mt.7,9. Dios, que antiguamente alimentó a su pueblo en el desierto, día a día, con el maná (Ex.16), puede seguir haciéndolo” (ib. 52). G. Bornkamm escribe: “le terme très controversé de “epiousios” dans le quatrième demande doit plutôt etre compris comme designat una ration modeste et suffisante, donc au sens de la traduction de Luther: notre pan quotidien (“unser táglich Brot”) (o.c. 157). J.A. Fitzmyer escribe: “La comunidad de discípulos depende esencialmente del Padre. Por eso tiene que pedirle que socorra sus necesidades diarias de sustento” (o.c. 308).

**B) Danos, Padre, el pan escatológico**

El significado de este pan no se agota en lo material, ya que este pan viene a los discípulos de la mano providente y amorosa del Padre. Por eso, es sagrado, forma parte de los bienes de la salvación de Dios. Podemos decir que así como las comidas de Jesús con los pecadores tienen un carácter escatológico ya que anticipan el futuro banquete escatológico, así este pan anticipa de algún modo el banquete del Reino de los cielos. S. Jerónimo ha propuesto la siguiente hipótesis: el evangelio de los Nazarenos, escrito en arameo, tenía la palabra “mahar” (“mañana”) allí donde el texto griego tiene “epiousios” (“cotidiano”). Se trataría entonces del “pan del mañana”, lo que querría decir, precisa San Jerónimo, “nuestro pan futuro”. Este “pan futuro” sería el “pan de vida” que debe alimentar al hombre en el mundo escatológico y del que el pan eucarístico sería la prefiguración (cf. Jn.6,34: “danos siempre de este pan”). Pedimos “el pan de la plenitud”, el “pan escatológico” anticipado hoy y aquí.

**C) Danos, Padre, el pan eucarístico.**

No pocos Padres de la Iglesia van más lejos aún en su meditación teológica e interpreten el pan que pedimos en el Padrenuestro como el pan eucarístico: el Cuerpo y la Sangre Jesucristo, que da fuerza para vivir la fraternidad (cf. ICort.11,17-34), es semilla de eternidad (Jn.6,51.54) y “viático” para caminar por este mundo hacia la Casa del Padre, pues “no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la del futuro” (Heb.13,14).

 **D) Danos, Padre, el pan de la fe**

Danos, Padre, la fe para que seamos discípulos de tu Hijo y podamos seguirlo y perseverar en este seguimiento. Digámosle: “¡Señor, yo creo, pero aumenta mi fe!”. ¡Danos, Padre, el pan de la fe!”. “Hay hambre sobre la tierra, “mas no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios” (Am. 8,11). El Catecismo de la Iglesia Católica resume el contenido de esta petición así: “Nuestro pan” designa el alimento terrenal necesario para la subsistencia de todos y significa también el Pan de Vida: Palabra de Dios y Cuerpo de Cristo. Se recibe en el “hoy” de Dios, como el alimento indispensable, lo más esencial del Festín del Reino que anticipa la Eucaristía”

**2.1.4.- El compromiso de compartir nuestro pan con los demás.**

Una de nuestras incoherencias es pedir a Dios el pan nuestro, y no escuchar el clamor de los pobres ni preocuparnos de ellos. Examinemos nuestras actitudes ante los pobres. Es hora de corregirnos y actuar de forma adecuada ante los hambrientos y sedientos. “El drama del hambre en el mundo llama a los cristianos que oran en verdad a una responsabilidad efectiva hacia 108 Catecismo… (n.2861).

sus hermanos, tanto en sus conductas personales como en su solidaridad con la familia humana. Esta petición de la Oración del Señor no puede ser aislada de las parábolas del pobre Lázaro (cf. Lc.16,19-31) y del juicio final (cf. Mt.25,31-46)109. Al final de nuestra vida seremos examinados por el amor: “Tuve hambre y me disteis de comer…”. Tenemos que deshacernos de nuestros lujos, de lo superfluo… para que así podamos compartir nuestros bienes con los necesitados, los hambrientos, los sedientos… Jesucristo se hizo pan partido para poder compartirse con lo todos. Compartamos nuestro pan con los necesitados superando así toda forma de egoísmo; más aún, hagámonos nosotros mismos “pan partido” para poder compartirnos y repartirnos con los demás.

J. Ratzinger nos amonesta con estas palabras: “las personas que confían en Dios hasta el punto de no buscar ninguna otra seguridad también nos interpelan. Nos alientan a confiar en Dios, a contar con Él en los grandes retos de la vida. Al mismo tiempo, esa pobreza motivada totalmente por la dedicación a Dios y a su reino es un gesto de solidaridad con los pobres del mundo, un gesto que ha creado en la historia nuevos modos de valorar las cosas y una nueva disposición para servir y para comprometerse a favor de los demás” (ib.187-188).